

# José F. Montesinos y el siglo XIX: a propósito de Pedro Antonio de Alarcón

Álex Alonso Nogueira  
Brooklyn College, City University of New York

## 1. Unamuno y la guerra

En un ensayo muy brillante, publicado en *Hora de España* en 1937, José F. Montesinos reflexiona en papel impreso después de la muerte de Unamuno. Su desaparición y sus controvertidos últimos días abrían no solo la posibilidad, sino la obligación, de revisar y, sobre todo, de leer su obra, por más y esto quiero subrayarlo, que el crítico andaluz deje muy claro lo que separaba a Unamuno, y sus circunstancias históricas, del angustioso momento que se vivía en la Valencia de 1937.

[La juventud española ha de volver a enfrentarse con la ingente obra de Unamuno, tan irritable y atractiva, lectura tónica en estos tiempos de guerra, lectura necesaria cuando llegue la paz.] Se nos hace necesaria la frecuentación de los libros más significativos del siglo XIX español y de los primeros años del presente, inagotables de sugerencias; han de deparar sorpresas sin número a los que habiendo hecho profundamente la experiencia agotadora de la guerra civil, se acerquen a ellos con propósito de comprensión. [...] ¡Qué mal se leyó a Galdós, a Ganivet, a Unamuno, a Ortega, por no citar sino algunos artistas y pensadores ejemplares! ¡Cuántos dolores se hubiera ahorrado nuestra España si hubiera sido más atenta y asidua lectora, y hubiese sabido leer generosamente! (Montesinos 1937: 14).<sup>1</sup>

Paradójicamente el esfuerzo bélico exigía una meditación histórica cuyo fin último era reinterpretar la identidad nacional que en aquel momento agónico parecía doblemente escindida de un modo insuperable: por un lado, dividida en dos bandos enfrentados a muerte, y, por otro, atravesada por un hiato de incompreensión que separaba las elites de las clases populares. Estas dos escisiones, que

1. Sobre este ensayo, de una bibliografía muy escasa, *vid.* los comentarios de Antonio Chicharro Chamorro (2004: 89).

el obituario de Unamuno vuelve visibles, ayudan a entender la trayectoria investigadora de José Fernández Montesinos que habría de seguir después de lo que él ya por estas fechas denominaba guerra “plus-quam-civil” (Montesinos 1937:13).<sup>2</sup> Su dedicación inicial a la obra de Lope de Vega, y sus esmeradas ediciones de clásicos, como los diálogos de los hermanos Valdés, que siguieron circulando sin su firma en la España del franquismo —con cierta sorna decía de sí mismo que se había convertido en el anónimo de Hamburgo, donde había sido lector de español entre 1920 y 1932— dan paso, tras unos años de silencio editorial, a una incompleta pero casi ininterrumpida serie de volúmenes dedicados a la narrativa del siglo XIX.<sup>3</sup> Si, como él mismo explicó, los primeros volúmenes parecen haber surgido de la necesidad de preparar a sus estudiantes de Toulouse para los exámenes de estado, su ensayo sobre Unamuno da un marco intelectual y político más preciso a estos trabajos: una reflexión implícita sobre el fracaso republicano, del cual él fue víctima directa, que no podía resolverse metafísicamente, como de un modo casi simultáneo plantearían Pedro Laín Entralgo y Rafael Calvo Serer, sino a partir de un análisis, de una lectura comprensiva, en cierto sentido de una hermenéutica del siglo XIX; el momento en que se constituye la conciencia de la identidad nacional y, al tiempo, el proyecto de estado moderno.<sup>4</sup>

La lectura de esos libros puede educarnos para dos menesteres importantísimos en nuestra vida de españoles de hoy, de españoles antagónicos de otros españoles, vivos por el anhelo de transfigurar a España; puede educarnos para la percepción del enemigo y para la comprensión de lo transrevolucionario, de los transhistórico español, de lo que en su permanencia apoya las revoluciones (191).

Más allá de las desgastadas historias de las dos Españas, más allá también de los “noventayochismos”, término que aparece repetidamente en su texto con

2. Para la biografía de José F. Montesinos, *vid.* el ensayo introductorio de Álvarez de Miranda en Montesinos (1996, 4-56). Hay, además, muchas otras referencias autobiográficas en los prólogos de sus obras. *Vid.*, por ejemplo, la “Carta prólogo a la primera edición” de (1959), *Ensayos y estudios de literatura española*, Madrid, Revista de Occidente, la “Nota preliminar” a *Costumbrismo y novela. Ensayo sobre el redescubrimiento de la realidad española*, (1960), Berkeley y Los Angeles, University of California Press, o, en las cartas que anteceden las dos ediciones, 1951 y 1969, de sus *Estudios sobre Lope de Vega*.

3. *Vid.* La bibliografía recogida por John H. Silverman en Montesinos (1970: 39-53). A la proyectada e incompleta historia de la novela en el siglo XIX se refiere, por ejemplo, en la “Advertencia preliminar” a (1961), *Fernán Caballero. Ensayo de justificación*. México DF, El Colegio de México: “Mi primera intención no fue hacer un libro, sino un capítulo de aquella mirífica historia de la novela que un día intenté, abortada, et *pour cause*, pues no era posible humanamente darle cima”. (1961: VII).

4. La II República y la guerra civil echaron por tierra los relatos modernos de la historia de España y dieron paso a una sucesión de interpretaciones de la cultura española que eran fruto, paradójico, de una lucha en el vacío, de José Antonio Maravall, a Américo Castro y Claudio Sánchez Albornoz, pasando por Pedro Laín o Rafael Calvo Serer. Para el caso de la ultracitada polémica de estos dos últimos, *vid.* Onésimo Díaz Hernández, (2008), *Rafael Calvo Serer y el grupo Arbor*, València, Universitat de València.

un sentido claramente despectivo, y en el que tal vez haya, cuando aparezca en los años cincuenta, una velada referencia a una polémica de época, era preciso buscar una base común a aquello que deshiciera, por decirlo en terminología de hoy, el aparente antagonismo irreconciliable de la guerra y del conflicto social, y lo volviera un agonismo descifrable, una base común permanente desde la que elaborar un relato moderno de la historia, que es la autoconciencia del país. Frente a la reflexión solipsista, o frente a la engañosa calificación de la guerra como una lucha fratricida, que de un modo alegórico plantearía muy temprano Francisco Ayala en su “Diálogo entre los muertos” (Ayala, 1939), era precisa una interpretación: un acercamiento que diese cuenta del “otro”, de la tradición conservadora sin la que no podría llevarse a cabo una rearticulación de la historia contemporánea de España:<sup>5</sup> “Es necesario el re-engarce de nuestros desconectados planos históricos para que nuestra historia sea verdadera historia nuestra y aliente la voluntad de ser que alienta en la tradición eterna”, un problema que Unamuno señala, aunque no fuera capaz de solucionar y convierte en el sueño, de acuerdo con la lectura un poco forzada de Montesinos, de “un resurgir de todas las patrias hispánicas, noblemente ambiciosas cada una de ellas con respecto de las otras, es decir, anhelantes de penetrarse y fecundarse, no dadas a esquivos apartamientos particularistas” (1937: 19).

Desde luego la imaginería es discutible, y la interpretación de la obra de Unamuno, que en 1936 ya no era ni el del epistolario con Maragall ni el republicano de 1930, no es muy convincente, pero proporciona una referencia muy valiosa para interpretar el trabajo crítico del propio Montesinos: sus sucesivas publicaciones sobre el siglo XIX, que se iniciarían con su *Introducción a una historia de la novela en España en el siglo XIX* y sus volúmenes sobre Fernán Caballero y sobre Alarcón, son parte de un proyecto en cierto sentido político que necesariamente implica, muy unamunianamente, la reevaluación del concepto de tradición, y, por tanto, de la literatura tradicionalista. Tener en cuenta esta situación histórica tan contingente en que estos libros fueron escritos ayuda a entender los implícitos que están detrás del trabajo crítico, que a veces se descontextualiza. Así, contra este fondo histórico, se puede poner en relación sus estudios con los de Vicente Llorens, por citar un crítico muy próximo a él, amigo personal, y cuya trayectoria —Alemania, Madrid, Centro de Estudios Históricos, Guerra y exilio Americano— guarda un paralelismo muy claro: mientras el crítico valenciano dedicó sus años en el exilio a pensar la interrumpida tradición del liberalismo, sobre el que proyectaba su propia circunstancia personal (y aquí hay un hilo en común con Américo Castro), a través de libros tan trascendentales como *Liberales y románticos*, *El romanticismo español* o su edi-

5. El texto, datado en 1938, se publicó por primera vez en *Sur*, 63, 1939, según refiere la “Historia editorial de los libros que componen este volumen” (2007: 1515). En él hay una interpretación de la guerra como discurso fratricida, muy anterior a su consolidación como relato oficial a partir de 1962, con la llegada de Manuel Fraga al Ministerio de Información.

ción de otro ilustre exiliado, José María Blanco White;<sup>6</sup> Montesinos, por su parte, piensa un trabajo crítico radicalmente diferente: histórico y sociológico, pero que no excluya esa tradición conservadora, que para Llorens es casi irrelevante, como José-Carlos Mainer subraya en el prólogo al muy valioso libro de Derek Flitter (1995: IX-X).<sup>7</sup> Hay detrás de su reflexión, y en esto no puedo extenderme, un concepto intersubjetivo de identidad nacional, que lo separa de casi todos los críticos de su época y de muchos de los actuales.

## 2. Ortega: sociología, historia, filología

Si el texto sobre Unamuno constituye en mi lectura el preámbulo reflexivo a sus estudios sobre la novela española del siglo XIX, el ensayo en que explicita su nuevo “proyecto crítico”, creo que sus reflexiones sobre Ortega y Gasset son la segunda piedra de toque que puede ayudar a perfilar el sentido de su trabajo. Así lo reconoce en la carta-prólogo a John H. Silverman, situada al frente de su volumen *Ensayos y estudios de literatura española*, publicado en la editorial Revista de Occidente en 1958 y significativamente dedicado a Ortega. Para Montesinos, los artículos del catedrático de metafísica de la Universidad Central eran una interpelación directa, una llamada a abrir un nuevo tipo de labor crítica, que Ortega venía planteando desde, al menos, sus *Meditaciones* de 1914, y que atraviesa tanto su trabajo más “fenomenológico”, como el más “historicista”: la necesidad de dejar atrás un positivismo académico que era solidario de la vieja política de la Restauración, su representación intelectual (Ortega y Gasset, 1914: 83-89), y que, al ahogar los valores auténticos de la nación, era responsable de dejarla caer en un letargo en el que la sensibilidad “para lo verdaderamente fuerte, excelso, plenario y profundo” se había abotargado; este giro crítico llevaba consigo, además, una propuesta pospositivista, en cierto sentido una hermenéutica, que interpretando en profundidad la cultura española, la llevase a su plenitud, en palabras de Ortega que Montesinos se guarda de utilizar, la “salvase”:

6. Para la biografía de Vicente Llorens puede verse la entrada “Vicente Llorens Castillo” en Aznar Soler y López García, eds. (2016: 181-183), la extensa y documentada introducción de Manuel Aznar a Vicente Llorens, (2006), *Estudios y ensayos sobre el exilio republicano de 1939*, Sevilla, Renacimiento y el reciente volumen de Manuel Aznar Soler, Manuel y Fernando Durán López, *Espejos retrospectivos y avatares anticipados. Estudios sobre Vicente Llorens y otras relecturas de las emigraciones políticas del XIX por los exiliados republicanos de 1939*, Biblioteca del exilio, Renacimiento, Sevilla, 2017.

7. Montesinos (1955b) dedicó una extensa reseña al trabajo de Vicente Llorens donde analiza cuidadosamente los capítulos del libro y, además, abre una reflexión sobre la necesaria discriminación de los romanticismos españoles y de los efectos tan distintos que tuvieron los retornos de los dos exilios, el inglés y el francés, de Inglaterra en el primer tercio del siglo XIX.

Todo lo que he podido cumplir después de 1946, cuando puse los pies en este país, no ha sido sino una tentativa de historia literaria en el sentido en que Ortega me hacía imaginarla. Creo haber sido fiel a su pensamiento, pero temo que la realización no le hubiera gustado. Ortega era poco amigo de erudiciones y eruditos. Escrupuloso siempre en la documentación en cuanto hacía, detestaba las exhibiciones eruditas, sin hacerse siempre cargo de que en ocasiones eran indispensables. En materias históricas es a veces inevitable poner muy en claro de qué se habla. Creo que la Introducción citada, mi Alarcón y algunos de mis ensayos últimos le hubieran parecido correctos en la intención, pero indigestos y plúmbeos en el desarrollo (Montesinos, 1970 [1958]: 15-16).

Para esta tarea, que era una respuesta a las preguntas sobre la identidad nacional que Unamuno fue capaz de formular pero no de responder, Montesinos emprende una reinterpretación de la cultura del siglo XIX que oscilará siempre entre estos Scila y Caribdis: por un lado, la importancia del trabajo positivo que había aprendido en los seminarios del Centro de estudios históricos y, por otro, la necesidad de dejar atrás aquella cultura académica que era —que es— el último fuerte de la reacción; una tensión que transparentemente se representa en el doble título que si no cronológicamente, sí lógicamente abre la serie: su *Introducción a la Historia de la novela en España en el siglo XIX*, seguida, en el mismo volumen, de un “Esbozo de una bibliografía de traducciones de novelas (1800-1850)”. De este modo tenso que atraviesa sus trabajos, y especialmente el estudio sobre Pedro Antonio de Alarcón que he tomado como excusa, sus monografías intentaban ir más allá de esa “necesaria erudición”, pero no podían dejar de “hacer erudición”, y fueron leídas muchas veces como trabajos positivos y ateóricos, en parte por la misma opacidad de sus referentes críticos que en este ensayo estoy intentando evidenciar.

Su propuesta, sin embargo, como la referencia a Ortega subraya, no era el regreso sin más a un positivismo romo; muy al contrario, sus cuidadosos estudios de las tradiciones impresas, en prensa y en libro, intentaban, además, introducir un giro material y sociológico en los estudios de filología, dominados por una pulsión posromántica a la altura de los años cincuenta, cuando Montesinos trabajaba en su primer Alarcón (Montesinos, 1955a). Frente a una crítica tradicional que se autorrepresentaba como positivista, pero en la que pesaba más la matriz idealista que la metodología positiva (*vid.* Portolés, 1988 y García Isasti, 2004), Montesinos propondrá otro tipo de acercamiento a la historia textual, una de las cifras de la escuela filológica española: mientras que para la filología intuitiva las últimas versiones salidas de la mano del autor “perfeccionan” su intención, para Montesinos los cuidadosos estudios de variantes y versiones, que desarrolla en los capítulos de sus libros, y muy en especial, en sus dos trabajos sobre Alarcón (Montesinos 1955a y 1977), como por ejemplo el estudio de las versiones de “El clavo”, hacen ver que las diferentes variantes textuales no son el fruto de una voluntad de depuración, sino que remiten a estratos de sentido,

a diasistemas podría decirse, caóticamente complementarios: el primero es el resultado de un modo de trabajo apresurado, poco atento, que le lleva a introducir variantes y enmiendas no motivadas, las cuales acaban por perjudicar su trabajo (Montesinos, 1977: 98 y ss.); el segundo diasistema, simultáneo pero distinto del anterior, sobrepone a los textos originales una reescritura que, en el caso de las diferentes versiones de sus hoy olvidadas *Historietas nacionales* (Montesinos, 1977: 129), permita ocultar el liberalismo casi exaltado y la francofilia de la juventud, especialmente a partir del momento en que “el furibundo progresista de 1854 se hace conservador y biempensante, con extraño empeño en borrar toda traza de pasado revolucionario y aun en hacer creer que siempre había pensado lo mismo. La última lima fue implacable con todo cuanto pudiera recordar la demagogia juvenil del escandaloso autor de *El látigo*” (Montesinos, 1977: 129). Son estos los estratos de sentido que quedan ocultos en la solemne edición de las obras completas que el hoy olvidado académico Luis Martínez Kleiser había publicado en Madrid en 1954.<sup>8</sup>

La palabra que parece condensar esta tensión entre conocimiento positivo y conocimiento crítico es “filología”: una disciplina que estaba en el centro de la renovación de los estudios históricos, y que podía permitir librarse de las generalizaciones y ligerezas que atravesaban, por ejemplo, los ensayos de Unamuno, un filólogo paradójico. En el sentido que le dio Ortega y Gasset, la palabra, además, cobra un nuevo sentido, o tal vez sería más preciso decir recobra un sentido viejo, oculto debajo de la retórica positivista: un sentido que podría haberle permitido, y en parte le permitió, ser una de las piedras angulares de un proyecto de renovación de las humanidades, que, como el de Montesinos, quedaría suspenso, y no habría de ser seguido ni siquiera por los propios discípulos de Ortega, y pienso claro en Julián Marías, y a partir de Marías de la singular hibridación de escolástica y fenomenología en la que acabó derivando no solo el Orteguismo, sino la reflexión estética y, en particular, la llamada “Teoría de la literatura”. Apenas un año después del artículo que Montesinos publicó en *Hora de España* sobre Unamuno (Montesinos 1937), Ortega escribe a Ernst Robert Curtius y cuestiona su disciplinaria separación de filología y filosofía (Ortega y Gasset, 1974: 106 y ss.): para Ortega se trata de una falsa oposición, ya que la filología es “una condensación particular” —nosotros tal vez diríamos un campo y un lenguaje— dentro del “orbe filosófico” (Ortega y Gasset, 1974: 107); ha sido la pérdida de la conexión con la reflexión filosófica, la que está detrás de “la crisis de la historia literaria y de la filología”, en la medida en que el trabajo crítico permite hacer un sinnúmero de operaciones a los filólogos que no necesitan ser va-

8. A esa multiplicidad de variantes de Alarcón se refiere, por ejemplo, Enrique Rubio Cremades (2001: 494-495); aún hoy la tendencia a considerar las últimas ediciones en vida del autor como textos base de cualquier edición crítica ayuda a oscurecer las trayectorias y las contradicciones de autores clásicos del XIX cuyas trayectorias los llevaron de un lado a otro del campo político.

lidades teóricamente.<sup>9</sup> De aquel camino sin salida —aunque tal vez sería mejor decir de “este”— solo se saldría, de acuerdo con Ortega, cuando la filología dejase atrás “la consideración y estudio de un texto como enunciado de ideas”, dejase de ser “abstracta”, y adquiriese una nueva dimensión, que en este Ortega de finales de los treinta es la “histórica”:

La filología tiene, pues, si, de verdad quiere entender un texto, que entenderlo como hacer de un hombre. Ahora bien, si un hombre piensa una cierta idea, es porque tales o cuales razones o motivos procedentes de su circunstancia vital, le llevaron a ello. Es decir, que la piensa *por* algo y *para* algo. [...] De aquí que, rigurosamente hablando, no podemos entender una frase si no reconstruimos la estructura de la vida del hombre que la dijo o escribió. Porque, repito, su función en esa vida es su realidad, o es ella en cuanto realidad y no en cuanto “mera idea”. Es evidente que una misma idea puede ser pensada por hombres distintos y aun de época diferente y, sin embargo, es máximamente probable (prácticamente seguro) que su realidad fue en cada uno de ellos diferente (Ortega y Gasset, 1974: 110-111).

La imbricación de filología, sociología e historia abre la posibilidad de un giro hermenéutico más materialista, en parte un camino no seguido hasta muy recientemente por la investigación en humanidades en España, y permite entender cuáles eran los referentes del proyecto personal que Montesinos emprende en 1946, cuando llega a los Estados Unidos: esa, por recordar sus propias palabras, “tentativa de historia literaria en el sentido en que Ortega me hacía imaginarla” (Montesinos, 1970: 15-16). El giro histórico y sociológico explícito en la reflexión de Ortega, y que fue en parte seguido por los historiadores de los años cuarenta, fue desoído por los filólogos e historiadores de la literatura, incluso por aquellos de filiación orteguiana, que siempre se mostraron más receptivos a los trabajos fenomenológicos que a sus ensayos de historiología. De entre los historiadores de la literatura formados en el entorno del Centro de Estudios Históricos, tal vez solo Montesinos y algún otro como Vicente Llorens intentaron ser fieles a la propuesta histórica de Ortega.<sup>10</sup> Este énfasis explica también su tensa relación con otros modelos críticos y filológicos que había conocido en la Alemania en los años cuarenta y con los que se reencontraría en los Estados Unidos después de la guerra: referentes que por su a-historicidad son excluidos de su trabajo, como de un modo casi explícito señalará posteriormente, en el prólogo a la segunda edición de su libro sobre Pedro Antonio de Alarcón (Montesinos, 1977):

9. La carta está datada en París el 4 de marzo de 1938.

10. Una propuesta histórica y hermenéutica, profundamente antipositivista, hay también en el crítico que se convirtió en el referente central de los estudios hispánicos en el exilio americano, Américo Castro; de este autor puede verse los trabajos de historiografía incluidos en (1956), *Dos ensayos*, Porrúa, México DF.

En otra parte he aludido de pasada a que, cuando yo andaba por Alemania, impetantes una *Literaturwissenschaft* y una *Idealistische Philologie* —de la que alguien dijo que no era una *contradictio in adiecto*, sino una disciplina—, maneras de proceder científico que se pretendían antihistóricas (!) nada menos, oí cosas notables. Entonces llegué a conocer a algunos ilustres eruditos que hacían lo imposible por no parecerlo. Eruditos con extraño complejo de inferioridad, siempre dispuestos a hacer creer a cuantos quisieran persuadirse, que en lo íntimo de sus almas animaba, como un pájaro prisionero, un pudoroso poeta que no hacía versos, pero interpretaba los ajenos obediente a una inspiración; curioso neo-romanticismo al que no faltaron, bohemia, cachimba y melenas. No pocas actitudes neo-críticas de hoy proceden de aquel tráfago —y, por supuesto, la desgana del trabajo minucioso, del primor detallista. Alarcón (Montesinos, 1977: 14).

La sátira hacia ese modelo de neocrítico cuya autoridad se representa paradójicamente con las estrategias del creador —y del cual hay en la filología española más de un caso— es una alusión nada velada al filólogo alemán Leo Spitzer. Una referencia irónica, casi una *boutade*, porque la obra de Spitzer cuya trayectoria guarda también cierto paralelismo con la de Montesinos es muy compleja y se cruzan en ciertos momentos de un modo no tan simple como puede parecer. Por poner un ejemplo, Spitzer asumía que los estudios filológicos eran una suerte de solución de compromiso entre investigación —positiva o no— y circunstancia histórica y que por eso su forzado exilio en Baltimore exigía una aproximación diferente a la que orientaba sus trabajos cuando era aún un romanista vienés; y esa misma idea, que subrepticamente introduce la inscripción histórica de las prácticas críticas, será explicitada por Montesinos en su introducción a su primer Galdós. Al mismo tiempo, sin embargo, la interpretación estilística propuesta por Spitzer habría de ejercer una gran influencia sobre la crítica española, tanto en el exilio como en Argentina y en España, donde sus trabajos fueron leídos como un oráculo, a través de Pedro Salinas, Amado y Dámaso Alonso, pero era inaceptable en su reivindicación de un autotélico y muy fenomenológico círculo de la comprensión, provocadoramente antihistoricista.<sup>11</sup> Siguiendo aquí de nuevo a Ortega y esa razón histórica que intentaba rearticular a partir de sus ensayos de historiología y aún más después de *Historia como sistema*, Montesinos piensa no solo en la historicidad de las prácticas, sino de los mismos conceptos con que las racionaliza. Así, deplora “la manía de algunos eruditos de empeñarse en aplicar sus ideas de ficción a las novelas de todos los tiempos es la causa de que no comprendan la inten-

11. Una reivindicación y contextualización de Leo Spitzer en el ensayo de Fernando Lázaro Carreter “Leo Spitzer o el honor de la filología” en Spitzer (1980), donde se subraya, sin embargo, que en el crítico vienés siempre hay un referente histórico explícito que lo aleja de otras lecturas de época más estrictamente formalistas. Para su importancia en la historia de la filología hispánica, especialmente a través de Pedro Salinas, puede verse el trabajo muy valioso de Andrés Soria Olmedo (2013).

ción de los autores” (Montesinos, 1970: 226, núm. 4). Y reivindicará, de un modo muy historicista, también en el prólogo a Alarcón, una estricta visión historicista que permita “explicar unos años del siglo XIX como la documentación de que dispongo permite imaginarlos, sin medirlos por los cánones de nuestros días” (Montesinos, 1977: 23).

Esta actitud radicalmente material, que ve el texto como una sucesión de estratos y variantes en las que está inscrita la historia, y no como una representación cerrada, suponía también para Montesinos un giro sociológico: de nuevo el Ortega de los años cuarenta, el mismo que de algún modo tuvo tanta influencia sobre José Antonio Maravall, el que abrió el camino de una historia y de una sociología interpretativas y no empíricas, que la escuela filológica española dejó al margen. No hay más que pensar en los ensayos que en la época publicó Dámaso Alonso (1950).<sup>12</sup> Los conceptos son históricos, como los textos mismos y esta historia remitía en última instancia a la sociología, una bestia negra para la tradición idealista; de un modo expreso lo subraya Montesinos:

Yo no podía olvidar que, en sus años de más admirable madurez, Ortega nos enseñaba que la historia de las ciencias y de las disciplinas del espíritu no podía ser otra cosa que alta sociología, ya que ninguna de estas actividades podía darse en el vacío. [...] El que escribe se dirige a un público, y las apetencias de ese público condicionan su obra. La perduración literaria es la diagonal entre dos fuerzas: fuerza creadora, fuerza receptora. No había escape. Hacer historia literaria era hacer sociología literaria. Y el campo estaba apenas desbrozado. Había que volver a la erudición (1970 [1958]: 14-15).

### 3. Finalmente, Alarcón

Lejos, por tanto, de una erudición puramente positiva, el proyecto crítico de Montesinos tenía una orientación doble: por un lado, y de un modo consciente y reflexivo, aspiraba a ser una propuesta metodológica, un intento de giro hacia la sociología y hacia la historia; por otro, en la medida en que se ocupaba de los autores que representaban la cultura tradicionalista, era un intento de incorporar y evaluar el trabajo de esos autores, lo que era tanto como hacer una genea-

12. Aun a pesar de que Montesinos, explícitamente, dice salvar a Alonso de esa tendencia a ignorar los contextos históricos (Montesinos, 1970 [1958]: 14). *Cfr.*, en general, Dámaso Alonso, 1950, *Poesía Española: Ensayo de Métodos y Límites Estilísticos* (Garcilaso, Fray Luis de León, San Juan de la Cruz, Góngora, Lope de Vega, Quevedo), Madrid, Gredos; un libro que tuvo una importancia trascendental en la crítica de la época y en la que las referencias históricas son muy débiles. Entiendo que Montesinos no quería crear un conflicto con su propuesta, que apunta a Dámaso Alonso, y en cierto sentido, también a Amado Alonso, más que a ningún otro crítico. Otro de los trabajos que se puede pensar como referente de esta toma de posición, en el sentido de Pierre Bourdieu, de Montesinos es el muy referido trabajo de Leo Spitzer “Perspectivismo lingüístico en *El Quijote*” incluido en su *Lingüística e historia literaria*, pero originalmente publicado en 1948.

logía de la cultura conservadora. Se trataba de no permitir que se articulasen dos relatos paralelos, de nuevo dos Españas, cada una de las cuales reivindicaba su propia tradición: los liberales, la fallida y truncada tradición liberal, y los conservadores, en el contexto de la inmediata posguerra, la reaccionaria, como el texto de Martínez Kleiser (1954) o, por ejemplo, el proyecto y edición de las obras completas de Marcelino Menéndez Pelayo en los años cuarenta, ejemplarmente representan.

De este modo, el inacabado proyecto de Montesinos quería crear un relato nacional complejo, del que formaran parte, aunque fuera para juzgarlos severamente, autores que estaban en sus antípodas estéticas e ideológicas, como de un modo u otro Antonio de Trueba, Fernán Caballero, Mesonero Romanos, Pedro Antonio de Alarcón o José María de Pereda.<sup>13</sup> Además, lejos de situarlos dentro de un monolítico bloque conservador, de cada uno de ellos va a intentar hacer una lectura que singulariza su valor, sus límites y sus contradicciones; de ahí, por ejemplo la diferente interpretación que hace de Fernán Caballero y de Pedro Antonio de Alarcón: si ve en Caballero una autora reflexiva y sensible a la cultura popular y por tanto dentro de un Romanticismo conservador, *sensu stricto*, en Alarcón verá una vocación literaria más representada que real, descuidada, inconsistente, marcada más por una retórica romántica vacía de “simulaciones y aspavientos” que por el alto romanticismo.<sup>14</sup>

En las primeras páginas de su segundo Alarcón, Montesinos ve su trabajo, este del que dijo que era el que estaba más cerca del proyecto historicista de Ortega, como un proyecto fallido (Montesinos, 1977: 12): ni erudito ni crítico, y además no fue capaz de suturar esa obsesiva escisión entre élites y lector popular a la que hacía ya referencia en su texto sobre Unamuno. “Yo tenía que moverme en un círculo vicioso: no podía prescindir de todo aquello, cuya novedad justificaba para mí el improbable trabajo realizado y, manteniéndolo todo, me privaba de lectores.” Un proyecto fallido sobre un proyecto fallido, porque su confesada incapacidad para dejar atrás el positivismo, se reflejaba irónicamente, en la incapacidad del propio Alarcón para dejar atrás el lenguaje romántico, y dar cuenta de forma veraz de ese núcleo tradicional que aspiraba a representar, el hilo temático que atraviesa, a veces expreso, a veces latente, todo su

13. Los límites del relato de José F. Montesinos los constituyen otros autores como Clarín, Pardo Bazán o, por supuesto, Narcís Oller, de quienes hay referencias sueltas, pero a quienes no dedicó ninguna monografía. En el caso de Pardo Bazán, aunque alabase su pionero estudio sobre Alarcón (Montesinos, 1977) y la cite en varios lugares, nunca pareció ser un autor prioritario en su proyectada historia de la narrativa del siglo XIX.

14. Sobre Trueba puede verse “Trueba y su realismo” (Montesinos, 1970: 227-246), un texto lleno de propuestas que apenas han sido desarrolladas; sobre Mesonero, el cap. III, de *Costumbrismo y novela. Ensayo sobre el redescubrimiento de la realidad española*, (Montesinos, 1960: 41-74), un texto muy crítico con el Curioso impertinente, a quien considera uno de los lastres intelectuales más importantes en el desarrollo del realismo en España; a Fernán Caballero y Pereda dedicaría dos volúmenes monográficos que han sido la piedra de toque de toda crítica posterior, publicados en el mismo año (Montesinos, 1961a y 1961b).

trabajo. El posromanticismo de Alarcón era también un *décalage* entre el lenguaje romántico y la experiencia romántica, que aparecía en los textos del autor granadino como un fantasma, una parodia: carente de la autenticidad que había definido la vida, y la conexión entre experiencia y lengua propias del alto romanticismo, o al menos del romanticismo normativo. En Alarcón aquel lenguaje romántico que había aspirado a una verdad absoluta se ha vuelto una pose, una farsa, y añadirá:

Aquella inseguridad, malamente disfrazada de capricho romántico, se manifestaba en la vida como en el arte —así el gusto por la bohemia— o se exhibía como una pose ventajosa que engañaba a los hombres ingenuos. Trueba escribirá en 1858: “Alarcón nunca escribe con los ojos enjutos, este es su mayor elogio”. Sí, escribía con los ojos enjutos, aunque tal vez llorara en público —su generación ya no tuvo el don de lágrimas romántico y hubo de simularlo—; escribe con los ojos enjutos y jugaba a la literatura, aunque pasara por la vida como un torbellino alardeando de un frenesí africano, que en él mismo tuvo siempre consciente y cuidadoso cultor (Montesinos, 1977: 52-53).

No es muy complejo reconocer en esa comunicación de literatura y vida que echa en falta en Alarcón esa imbricación de literatura, de palabra y vida, que de cuando en cuando reaparece incluso en el Ortega más historicista. El relato del fracaso es una manera de sobrepujarlo, de ponerlo en circunstancia y en valor. ¿Por qué dedicar entonces no uno sino dos libros a Alarcón y otro a Fernán Caballero y otro a Pereda, quienes en aquellas alturas eran, podría decirse irónicamente la anti-España de la anti-España?

En el ya citado artículo de 1937 Montesinos había subrayado la necesidad de leer los ensayos de Unamuno, aunque estos pudieran ser recusados “línea por línea”, para percibir ese sustrato común que, desde mi punto de vista hace posible la comunidad política, y dirá: “Los motivos de disensión saltarán en cada página por docenas. Pero una juventud española que se proclama revolucionaria debe tener el valor de la lectura dialéctica —que no es la lectura negativa y rencorosa—” (Montesinos, 1937: 14).

Tal vez sea esta una de las líneas de fuerza que atraviesa los estudios de José F. Montesinos: la necesidad de un esfuerzo de lectura, de un intento de comprensión que en el fondo era profundamente utópico y político; una confianza en la filología en el sentido etimológico y en el sentido que Ortega parece darle en su correspondencia con Ernst Robert Curtius. Estas preocupaciones, que en muchos de sus prólogos explicita, dan un contexto más preciso a su estudio sobre Alarcón (Montesinos, 1977) cuya primera página subraya cuál podía ser el papel de la lectura en la superación de las insalvables barreras que dividían la comunidad nacional —tal vez sería mejor decir el estado— en partidos y clases irreconciliables:

¿Quién lee aquí? En pocas instancias como esta se ha observado una tan profunda escisión de minorías y masas. Trocados los papeles: aquellas minorías, muy ignorantes seguramente, de lo mismo que denuestan, pueden en ocasiones —también he tenido testimonio de ello— mostrar una saña desproporcionada a la vigencia actual de las cuestiones que Alarcón suscita; aversión, por lo visto, heredada, transmitida, convertida en empedernido prejuicio. Nunca he sabido explicarme por qué (Montesinos, 1977: [11]).

## Bibliografía

- ALARCÓN, Pedro Antonio de, (1954), *Obras completas*, Luis Martínez Kleiser, ed., Fax, Madrid.
- AYALA, Francisco, (2007), *Obras completas. I. Narrativa*, edición de Carolyn Richmond, Barcelona, Galaxia Gutenberg – Círculo de lectores.
- BLANCO AGUINAGA, Carlos, (1956), *Nueva Revista de Filología Hispánica*, año 10, n.º 3/4 (jul.-dic.), pp. 442-445.
- CHICHARRO CHAMORRO, Antonio (2004), *Para una historia del pensamiento literario en España*, Madrid, CSIC. 2004.
- FLITTER, Derek, (1995), *Teoría y crítica del romanticismo español*, prólogo de José-Carlos Mainer, Madrid, Akal.
- GARCÍA ISASTI, Prudencio, (2004), *La España metafísica: lectura crítica del pensamiento de Menéndez Pidal*, Bilbo, Euskaltzaindia.
- LÓPEZ-GARCÍA, José-Ramón, (2016), “Montesinos, José F[ernández], (2017)”, *Diccionario bibliográfico de los escritores, editoriales y revistas del exilio republicano de 1939*, 3, Renacimiento, Sevilla, pp. 338-340.
- LLORENS, Vicente, (2006) *Estudios y ensayos sobre el exilio republicano de 1939*, Sevilla, Renacimiento.
- MARTÍNEZ KLÉISER, Luis, (1943), *Pedro Antonio de Alarcón. Un viaje por el interior de su alma y a lo largo de su vida*, Madrid, Librería general de Victoriano Suárez, 1943.
- MONTESINOS, José F, (1937), “Muerte y vida de Unamuno”, *Hora de España*, IV, pp. 11-21.
- (1951), *Estudios sobre Lope*, México DF, El Colegio de México.
- (1955a), *Pedro Antonio de Alarcón, novelista romántico*, Librería General, Zaragoza.
- (1955b), “Liberales y románticos. Una emigración española en Inglaterra (1823-1834) por Vicente Llorens Castillo”, *Nueva Revista de Filología Hispánica*, año 9, n.º 3 (jul.-sept.), pp. 283-292.
- (1958), *Estudios y ensayos de literatura española*, John H. Silverman, ed., pról. y bibliografía, Madrid, Revista de Occidente.
- (1960), *Costumbrismo y novela. Ensayo sobre el redescubrimiento de la realidad española*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press.
- (1961a), *Fernán Caballero. Ensayo de justificación*, University of California Press – El Colegio de México, Berkeley – Los Ángeles y México DF.

- (1961b), *Pereda o la novela idilio*, University of California Press – El Colegio de México, Berkeley – Los Ángeles y México DF.
- (1969), *Estudios sobre Lope de Vega*, Salamanca, Anaya.
- (1977), *Pedro Antonio de Alarcón*, 2.<sup>a</sup> ed., Madrid, Castalia.
- ORTEGA Y GASSET, José, (1914), *Meditaciones del Quijote*, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes.
- (1974), *Epistolario*, Madrid, Revista de Occidente.
- PORTOLÉS LÁZARO, José, (1988), *Medio siglo de filología española (1896-1952). Positivismo e idealismo*, Madrid, Cátedra.
- SORIA OLMEDO, Andrés, (2013), “Para leer las cartas de Spitzer a Salinas”, *Vox y Letra*, XXIV/2, pp. 93-126.
- SPITZER, Leo, (1980), *Estilo y estructura en la literatura española*, Fernando Lázaro Carreter, intr., Crítica, Barcelona.